

TRES POEMAS FIELES

Francisco Segovia*

a Pepita

NUESTRA FE

No es alegría –es otra cosa– el entusiasmo
que santifica nuestra carne sometida
a quien acepta mandar en ella soberano
–por no mandar en sí sino obediencia.

No es alegría –es algo más oscuro–
la santa plenitud inacabada
de quien se da y se deja
sin vacilación y sin doblez
a la convulsa adoración de su verdugo
–por cumplir con él un acto simple
en su brutal pureza.

Es otra cosa que alegría la alegría
con que miro cómo apartas el pelo de tu cuello
para el hacha que me has dado.

Y es otra alegría que la alegría
dejar mi carne a las fauces de tus lobos.

LLAMARADA

Me miras a veces desde el aura
en que tu placer se ensancha
como el halo de una llama.

Bailas ahí
y todo alrededor siente la hondura
del roce reiterado
de tu luz y tu sombra
–a todas luces asombrado.

¿De qué estás hecha, llamarada,
si en la salvaje plenitud de tu radiancia
te vuelves a enamorar a tu pabilo?

* Poeta. Su libro más reciente es
Invitación al mito (ensayos), CNCA-
Ediciones Sin Nombre, México,
2001

ATARDECER, AMANECER

La tarde tiende allá, sobre los cerros,
la afiebrada luz con que se acaba el día.

Y yace allá -revuelta un rato e indecisa
entre el vasto paisaje y la emoción puntual-
mientras todo se prepara a recibir
en el cuenco vacío de su propio silencio
el bálsamo de oscuridad que en lo más íntimo
alivia las heridas de la luz.

Pero no es nomás la noche -y ni siquiera
el recogimiento de todo
lo que medró a la luz del día-
esto que la tarde nos deja entre los brazos,
pues no se hereda la sombra de los días sin los días:
con nosotros se tiende, en nuestro lecho,
una luz invisible, ida ya de nuestros ojos para siempre,
y tendida sin embargo al tacto aquí, para nosotros.

Mañana el alba tenderá en el horizonte
la luz febril con que comienza cada día el día
y tú y yo nos lanzaremos otra vez a quererlo todo,
a esperarlo todo... (Otra vez... No la misma...).

¿O no llevaremos acaso en pieles y almas, uno y otro,
la oscura huella de todo lo que ayer nos prometimos;
de todo lo que mutuamente nos confiamos cada día
-para la eternidad, sí, pero cada día-
como llevan sobre el lomo las montañas
la edad de todos sus ocasos y sus albas?

Y cuando al fin miremos otra vez la luz tendida
sobre el filo de la sierra
¿recibirás de nuevo entre tus brazos
la vida mía toda -que ya tenías en ellos abrazada?